

CUESTIÓN DE ESPACIOS

Digamos que mi hermana ha sido llamada a declarar esta mañana por las fuerzas del orden. Y ella misma me ha contado que no han mostrado la pistola, ni ha habido amenaza con la mano abierta, pero que con sus tácticas la han obligado a confesar la inclinación metódica de nuestra estirpe por el orden. Tenemos antecedentes en la familia. Ellos también fueron llevados a la comisaría para que lo explicaran desde el principio. Pero los interrogatorios se quedaron en un simulacro punitivo: pequeñas multas, mínimas amonestaciones.

–Ahora que me observan y saben quién soy les diré que más que devoción por el orden –les ha aclarado– lo nuestro es necesidad de dar a cada letra lo suyo. O a cada armario su percha, según como se mire.

Ante la negativa de decir las cosas claras, la policía se ha empeñado en que tenía que confesar lo que la familia Ledesma-Duarte ha puesto en práctica en su dilatada existencia y, más aún, lo que ahora se lleva entre manos. Y mi hermana, una criatura graciosa y alegre, ha comenzado a contar lo de nuestros primeros Ledesmas, que nosotros somos chilenos y que en 1925 Louis De Broglie nos confirmó que la física cuántica introducía unas verdades que no aparecían en los paradigmas de la física clásica, que el mundo es un amasijo gelatinoso y desde la antigüedad nos viene eso de poner todo como debe ser, ya sea un punto y coma, una cosechadora o una tortita tras otra, separada, por la letra o color o volumen que le define, bien clasificada, con meticulosidad dentro del caos. Y como a la policía no le interesaba escuchar la historia convencional, pese a que nuestro sistema es una revolución, la han drogado. Y ella se ha visto sin los límites de la razón para confinar el secreto. De forma descuidada ha relatado lo del manuscrito *Uer Sacrum*. Un único volumen se conserva posiblemente en Praga, cerca del castillo, y en custodia de un Ledesma-Duarte belicoso, descendiente de El Conquistador y pariente lejano de Kafka.

Como buena chilena ha seguido dándole a la lengua con el tono afilado que nos caracteriza y les ha dicho que el libro contiene el inicio del ovillo: cómo hay que actuar para volver a ordenar el desorden, los criterios para que la familia Ledesma-Duarte fuese la autorizada para ello, los mundos paralelos, Zeus y los titanes. Y tras el manual y citar a Ovidio vino la confesión de las habitaciones. Le tengo dicho que recuerde, si un caso alguien pregunta, lo que siempre nos remarcaba nuestro padre, que cante sólo lo confesable.

Pero comenzó con las habitaciones y acabó con el secreto. Que tenemos tantas habitaciones en las casas como letras hay en el abecedario, que son vastos espacios, conseguidos a lo largo de los años con el trabajo y sudor de la familia. Y que sí que era cierto, indicó, que aparecían cada vez más envidiosos al ver que nos íbamos haciendo con la finca, con la esquina de la manzana, con la manzana entera, con unas tres calles; pues en un principio necesitábamos espacio para llevar hasta el final nuestro propósito. Ahora no tanto.

–¿Saben que husmean en un arcano que jamás comprenderán? –les ha preguntado carcajeándose por los efectos del mejunje de la verdad–. Y que el matemático Gödel en los treinta ya mostró el camino a seguir para probar la existencia de Dios...– les ha delirado.

Fue después, en el momento en que los números que van del 13 al 27 de la Avenida Fogwill ya eran de nuestra propiedad, cuando nos dimos cuenta que podríamos haberlo ordenado todo en una caja de cerillas y así haber evitado las denuncias; pues el espacio no es lo importante, porque el espacio como tal no existe. ¿Cómo os quedáis? Solución total a los problemas. Y estas elucubraciones atienden a un tratado de física descubierto por la rama científica de la familia. Es absurdo que se entienda por unos tipos uniformados si no se ha recitado de memoria el manual en madrugadas interminables, invocando a nuestros ancestros. Menos aún si es revelado por una niña, mi hermana, con sus trencitas delgadas y su gracia de movimientos. Tenían que haberse parado, estudiar lo señalado por ella, comprender que la estructura del espacio es porosa y se resquebraja; demasiado para ellos.

Lo que les ha revelado es que una vez habituamos los espacios y construimos un tabique por aquí, otro por allá, dando cabida a las letras del abecedario, comenzamos a coleccionar en la primera habitación los objetos que teníamos por casa con la A: un alternador, el abeto de navidad, alambiques, agujas y anillos, atunes congelados... Y así hasta acabar de almacenar los zapatos, zuecos y las obras completas de Zweig, Stefan de nombre (siempre, siempre por el apellido) en la buhardilla de la Z. Las habitaciones reservadas a la X, V, W y otras excentricidades de la lengua eran las más pequeñas, almacenábamos lo mínimo. Con una excepción: tras el accidente de auto de mis padres en la habitación de la letra V depositamos las cenizas. Creímos más importante catalogarlos dentro de la palabra “vida”, o quizás dentro de “viaje eterno”, o de “vacío duradero”, o de “vagar”, etc. que mezclarlos con otros conceptos en otra letra que no tuviera un significado tan espiritual como la uve. Símbolo de la victoria. Propio de nuestra familia.

Mi hermana, rayo de luz, siguió declarando que la familia tiene más de novecientos cuarenta y tres miembros en el mundo. La mayoría están al tanto del proyecto y financian la causa. La que vive en la Avenida de Fogwill, la nuestra, era la que se había visto obligada a administrar tan noble y elevada tarea. Confesó que nuestro padre en el último congreso que celebramos, hace ya diez años, descubrió una nueva interpretación del propósito final que marca a los Ledesma-Duarte. Fue en una relectura del *Sacrum* que dejó asombrado a los más cautelosos. Hay que decir que mi padre era un memorioso al que Borges, uno de los conoedores de nuestra labor, le dedicó un cuento, por si recuerdan. Y a nosotros una frase: “El tiempo se bifurca perfectamente hacia innumerables futuros”. Y en el congreso se decidió no sólo almacenar los objetos posibles por tamaño, sino coleccionar todos los del universo. Todos y cada uno de los objetos. A la manera de Noé pero con unas miras más amplias; menos zoológicas, vamos. Más de diccionario práctico, por explicarlo mejor.

–Tenerlo todo, por si alguna vez falla el almacenaje en el mundo –sentenció mi padre con su voz grave desde el atril de exposiciones.

Eso ocasionó un revuelo entre la rama más conservadora de la familia, pues ellos respaldaban un orden contenido, sin permitir el desborde. Pero el poder de convicción y la campaña de los grupos más progresistas, hicieron que los cautelosos aceptaran, votaran y por unanimidad se optara por la colección total. Y aquí los “científicos Ledesma-Duarte” entraron en juego. Se nos hacía complicado introducir todo un país como Rusia en la habitación de la R. Tras conocer las limitaciones de la física y la forma de desgarrar el espacio, podríamos abordar con éxito la colección. Fue un período lleno de probetas y salmos en latín, de persecuciones por los escépticos de la dictadura chilena, hasta que nuestros sabios dieron satisfactoriamente con la solución. Recuerdo lo que nos dejó escrito de forma expresa nuestro amigo Bertolt Brecht para allanarnos el camino de la meditación: “la literatura no es un espejo para reflejar la realidad, sino un martillo para darle forma”. Y lo mismo la literatura que la ciencia. La ciencia más aún. Nosotros éramos ése martillo.

Cuando mi hermana me contó que declaró lo del propósito universal, me llevé las manos a la cabeza. Porque, Rusia en la habitación R es complicado de comprender para una mente pelada, tan poco flexible como la de la policía. Pero, ¿cómo podrían ellos alcanzar a comprender que la constelación de Andrómeda iba a entrar en la A, que los diferentes equipos del Boca Juniors iban en la B, que una nebulosa tenía cabida sin problemas en la

letra N, como la nieve, como las nalgas? Un guisante, mínimo y definido, de acuerdo. ¡Pero lo adioses! ¿Y Dios? Pues los científicos (así Max Planck, por ejemplo, el físico alemán que enunció la teoría cuántica y por supuesto gran colega) nos hicieron entender que el hecho de poder guardar en una habitación conceptos tan abstractos como las nubes o la lluvia dependía de la forma de mirar y de adivinar el universo, de alcanzar el equilibrio del interior con el exterior para apresar el Todo, también de la forma de invocar a los demonios y utilizarlos para esos fines, amén de otras sutilezas que parten la física y acaban en la biología, imposibles de relatar, por el secreto de los Ledesma-Duarte, por el daño que produciría la información en el corazón negro de un dictador, ustedes ya saben...

Y esta deducción repleta de desvaríos y nombres impronunciables fue lo que hizo que los agentes dejaran que mi hermana despertara de la droga, creyendo que eran causa en la combinación de una mente fantasiosa y los últimos trazos del narcótico. Después la esposaron y la metieron en un coche, hasta traerla aquí, a Fogwill. Yo vi cómo la policía la sacó del auto. Ella los condujo hasta la habitación donde yo estaba poniendo las cosas en su sitio, apartando el polvo de la vista. El hecho de verlos uniformados hizo que se me cayera al suelo la paciencia. ¡Estábamos tan cerca de concluir el proyecto! ¡El sueño! Y eso sí, si algo tiene mi hermana son reflejos felinos. Y cuando más perdido me encontraba, con la carga de la historia de la familia a mis espaldas y rota en mil pedazos, mi hermana me hizo una señal. Los hice entrar con buenas palabras. Les pregunté si eran metódicos o si en su armario donde iba un jersey ellos ponían el abrigo. Y ellos no dijeron ni mu y comenzaron a mirar debajo de las palanganas, de los platos de loza y de las puertas viejas. ¿Qué sintieron al ver allí a la mismísima Pantera Rosa? No ocultaré que su silencio bobo me irritó aún más. ¿Qué se habían creído? ¿Es posible que fueran tan egoístas que no alcanzaran a ver todo el esfuerzo de la familia? Tras la señal salí de la habitación. Mi hermana me ayudó a cerrar la puerta con dos vueltas de llave. Encerramos a la policía del distrito. Ratificamos la conquista, completamos la P. Una conquista absoluta y simbólica del orden oficial. Justo donde almacenábamos a Pinochet. Y guardamos bien la llave. No fuese que a algún ocioso se le ocurriera entrar a esa hora, con la P al completo. Fuimos corriendo a la C. Y se lo contamos todo al guasón de Cortázar, Julio de nombre.

Iván Humanes